

y por ello su pieza va cojeando siempre, con alzas y bajas, hasta que al final el espectador no sabe lo que vio, por más que le haya quedado un saborcillo amargo en el paladar.

¡Qué descanso haber apurado ya el cáliz de escribir esta crónica! Nadie quedará contento de todos modos, porque mi esposa seguramente me dirá: “¡Pudiste haber escrito más sobre mí!”, y Celia Castro pensará “Fue una crónica para salir del paso y no comprometerse”, y Nancy Cárdenas meditará: “Si todos los críticos me elogian, ¿por qué este cretino no?”, y Ofelia: “Siempre he dicho que Reyes de la Maza es el mejor crítico de México”, y Marilú: “¡Vaya, hasta que me trata bien este pobre diablo!” y Héctor Gómez: “¡Está loco! Además, yo no tengo la culpa si me lo marcó así la directora.” Y Paul Zindel (¡iluso de mí al creer que va a leerme en los Estados Unidos!): “Este señor no entendió una pajolera palabra sobre mi obra.” Y muchos actores de nuestro querido ambiente: “Es un miedoso al escribir, porque a nosotros no nos gustó ni María Rubio, ni Celia Castro, ni Ofelia Guilmáin, ni la obra, ni la dirección, ni el teatro, ni los calcetines que nos pusimos esa noche.” Que digan lo que quieran, que al fin yo como Margarito Ledesma: “Llevo como lanza mis desprecios.”

*El Heraldo Cultural,*  
2 de septiembre de 1973

#### EL TEDIO DE NUMANCIA

En una ocasión dije que los clásicos eran unos señores muy inteligentes y muy valiosos que jamás pensaron en que con el paso de los años iban a convertirse en unos fantasmones insoportables debido al santo respeto, a la solemnidad exacerbada y a la admiración desmedida que iban a tenerles y a darles sus descendientes. Si los griegos como Esquilo, Sófocles, Eurípides, y no digamos Aristófanes, y los comediógrafos como Alarcón, Lope, Tirso, Quevedo y muchos más encabezados por don Miguelito de Cer-

vantes, escucharan a sus tataranietos pronunciar sus nombres con la boca llena de cultura y de pedantería, se volverían a morir, sólo que ahora de risa loca. Tanto respeto se les tiene, tanta admiración, tanto miedo y tanto servilismo, que cuando se deciden a montar sus obras, lo hacen como si se acercaran al Sumo Pontífice o al Gran Rabino, dando por resultado que aquellas obras que fueron escritas para divertir o bien para mostrar aspectos de sus épocas, como escriben ahora Miller, García Márquez, Williams, Osborne, Genet y muchos más, resultan unos ladrillos tan pesados, que la juventud y el público que no presume de culterano, rechaza de inmediato semejante pesadez. Y así, los clásicos, por tanto respeto y tanto miedo, son traicionados y puestos en una especie de picota ridícula. Ojalá algún día un director con talento, como en un principio lo fue Héctor Mendoza, comprenda que los clásicos fueron unos señores muy inteligentes, pero no semi-dioses, y que si se desea dar a conocer su obra al público contemporáneo, que cada vez huye más de la solemnidad, se debe regresar a los tiempos en que esas obras fueron escritas y cómo fueron representadas, ante unos espectadores que comían naranjas y tortas compuestas, conversaban entre sí, arrojaban cáscaras de pistache al escenario y le faltaban todo lo posible al respecto a los autores, y éstos tan contentos, porque sabían que lo que querían decir, o cómo querían divertir, lo estaban consiguiendo sin necesidad de que sus producciones fuesen representadas en una catedral, sino en un corral o en un teatro al aire libre.

No quiero decir con esto que *El cerco de Numancia*, que acabo de ver entre sueños, debía haber sido representado entre carcajadas y silbidos, puesto que se trata de un drama en que se mueren no sólo los principales personajes, como en las obras de Shakespeare, sino todo un pueblo, y esto no es para tomarlo a risa. Lo que quiero decir es que no comprendo por qué el director hizo aún más pesada la obra de don Miguel de Cervantes, con una hermosa plasticidad escénica, pero como si estuviese vista por una cámara lenta. En el primer acto hubo personas descalabradas por el cabeceo que les imprimía el sueño y obligaba a las cabezas a chocar unas contra otras. Ya en el segundo y tercero, por la nobleza de la anécdota, el interés subió algunos puntos, pero no hubo espectador, y reto a que alguno tire la primera piedra, que

no deseara que se terminase ya el espectáculo. Y es que fue un error darle una obra pesada a un director pesado como es Manuel Montoro, con una gran capacidad y un enorme talento, pero que gusta de regodearse en los movimientos lentos, en el arrastrar las obras lo más posible, y si este sistema le funciona en obras como *Viejos tiempos*, de Pinter, en que la acción es lo de menos, en un drama guerrero, que pinta la heroicidad de un pueblo, todo puede permitirse menos la lentitud.

Seguramente don Manuel Montoro se dio cuenta de este defecto a última hora, y para evitar que todo el público, incluyendo a sus amigos, se quedara dormido como piedra, no se le ocurrió otra cosa que pedir a los actores (los pocos que hay entre cuarenta personas que aparecen) que gritaran sus versos con toda la fuerza de sus jóvenes pulmones. Fue un acierto para evitar el sueño, pero los tímpanos no le quedaron nada agradecidos. Grita tanto el general invasor don Escipión y también sus soldados, que uno piensa que el sitio no debió durar tantos años, puesto que con semejantes y continuados gritos las murallas hubiesen caído hechas pedazos por la vibración, como pasó en Jericó por unas simples trompetas.

La versión o refundición, de José Emilio Pacheco es excelente, puesto que siempre respetando el texto, él mismo confiesa en el programa que suprimió “todo lo que parece agobiador o innecesario”, cosa que le agradecemos de todo corazón. ¿Por qué no suprimiría de una vez las apariciones de los personajes míticos o simbólicos como la demagógica España, el Duero, la Guerra, el Hambre y la Enfermedad, que nada aportan y sí cansan? Y ya que no se suprimieron, Montoro debió rodear de luz mágica a esos personajes, y no hacerlos aparecer como unos habitantes más de Numancia que entran y salen sin pena ni gloria.

Ya he dicho que aparecen cuarenta personas sobre el escenario, pero la mayor parte de ellos sólo sirve para crear hermosos cuadros plásticos, pero cuando hablan uno quisiera que fuesen mudos. El desconocimiento que existe entre los aspirantes a actores, y entre muchos actores consagrados también, sobre la manera de decir el verso es tal, que mueve a risa. ¿Por qué en la Academia de Bellas Artes y de la ANDA no se impartirán conocimientos de

verso clásico? Si se imparten, sería conveniente cambiar el profesorado. Escuchamos a una Mercedes Pascual y a un Juan Felipe Preciado decir con toda propiedad, y de pronto lastima el oído la atropellada pronunciación de un Adalberto Parra o de un Blas García. Escuchamos los justos tonos, cálidos, medidos, exactos, de una Socorro Avelar y de una Graciela Orozco, para luego caer en los gritos histéricos de un Antonio Medellín y de un Ignacio Magaloni, que juegan a ver quién deja sordo a mayor número de espectadores. La buena interpretación dramática de Mónica Serna, siempre excelente actriz, se ve reducida porque todas sus escenas son con el ya mencionado señor Adalberto Parra, quien camina como “Clavillazo” y habla como “Mantequilla”. Si existen en México tantos y tan buenos actores, ¿por qué se le encomienda uno de los principales papeles a un joven que dista mucho de ser actor? ¿Si se tenía allí mismo a Arturo Beristáin, uno de los mejores actores jóvenes, por qué no se le dio el papel de Morandro? En su Viriato, sobre todo en la escena final, está espléndido.

Comprendo que es difícil, debido al presupuesto, conjuntar a un grupo de buenos actores en una obra de tantos personajes, pero creo que hizo falta una mayor labor selectiva y una menor labor amistosa. Manuel Montoro demuestra que es un excelente director para obras de caracteres, con pocos personajes, y un excelente director de cuadros plásticos, pero que falla de manera notoria en una obra de acción. Quizá dirigiendo la ópera alcance un nuevo triunfo.

La escenografía de Guillermo Barclay en los bocetos debe haber sido espléndida, pero la realización es pésima. Las grandes murallas de Numancia se bambolean cada vez que un soldado se recarga en ellas, y están tan limpias, sobre todo en el interior de la ciudad, que parece que tenían de regente a Uruchurtu. En cambio, por el lado de afuera, seguramente los romanos se entretenían en practicar los inicios de la pintura abstracta, y sería interesante que Alfonso de Neuvillate nos explicara lo que significa.

En fin, que *El tedio de Numancia* es un esfuerzo digno de encomio realizado por un grupo de jóvenes que busca su camino

dentro del teatro, pero que como exponente de la Compañía Nacional de Teatro, nada menos, no deja de ser triste.

9 de septiembre de 1973

#### CARTA DE MI TÍA CAROLINA

Mi tía Carolina ha pasado los últimos sesenta y seis años de su vida, o sea todos cuantos tiene, en la calle de Miguel Barragán, cerca de San Miguelito, allá en San Luis Potosí. Desde su adolescencia le gustó el teatro, y cada vez que las compañías de doña Virginia Fábregas o de María Teresa Montoya visitaban el Teatro de la Paz, mi tía, junto con sus padres, luego con sus hermanas, luego con sus sobrinas y luego con sus amigas, ocupaba la tercera fila de butacas y gozaba lo indecible con los “fuertes” dramas de Benavente o de Echegaray, o se reía a más y mejor con las gracejadas madrileñas de los Álvarez Quintero o de Muñoz Seca. Así pasaron los años y un cacique que se adueñó del Estado durante dos décadas, mandó cerrar el hermoso Teatro de la Paz, derruirlo por dentro y reconstruirlo como una especie de mausoleo con la esperanza de ser enterrado allí cuando muriese. Muchos años estuvo en reparación el teatro y ninguna compañía teatral se acercó por las tierras tuneras. Al fin se reinauguró el salón y Pepita Embil con sus zarzuelas se convirtió en la reina de San Luis, con gran beneplácito de mi tía y de otras solteronas decentes de buenas familias que acuden a La Lonja.

Mas de pronto el público potosino, antes considerado como culto y amante del teatro, le volvió la espalda a semejante espectáculo y cuanta compañía iba al De la Paz fracasaba estrepitosamente, por lo que los empresarios borraron de sus itinerarios la patria de Manuel José Othón, y mi tía Carolina ya no tuvo oportunidad de sentarse en su amada tercera fila. Esto la tenía en prostración absoluta y pasaba sus días entre las misas de San Agustín y San Francisco, los novenarios, los triduos y las clases de catecismo. En